

Sáb Evangelio del día

7
Nov
2015

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Todos los Santos de la Orden de Predicadores (7 de Noviembre)

“El que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 16,3-9.16.22-27

Hermanos:

Saludad a Prisca y Áquila, mis colaboradores en la obra de Cristo Jesús, que expusieron sus cabezas por salvar mi vida; no soy yo solo quien les está agradecido, también todas las iglesias de los gentiles.

Saludad asimismo a la Iglesia que se reúne en su casa.

Saludad a mi querido Epéneto, primicias de Asia para Cristo.

Saludad a María, que con tanto afán ha trabajado en vuestro favor.

Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes y compañeros de prisión, que son ilustres entre los apóstoles y además llegaron a Cristo antes que yo.

Saludad a Ampliato, a quien quiero en el Señor.

Saludad a Urbano, colaborador nuestro en la obra de Cristo, y a mi querido Estaquío.

Saludaos unos a otros con el beso santo.

Os saludan todas las Iglesias de Cristo.

Yo, Tercio, que escribo la carta, os saludo en el Señor.

Os saluda Gayo, que me hospeda a mí y a toda esta Iglesia. Os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y Cuarto, el hermano. Al que puede consolidaros según mi Evangelio y el mensaje de Jesucristo que proclamo, conforme a la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora mediante las Escrituras proféticas, dado a conocer según disposición del Dios eterno para que todas las gentes llegaran a la obediencia de la fe; a Dios, único Sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo de hoy

Sal 144 R/. Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey.

Día tras día, te bendeciré

y alabaré tu nombre por siempre jamás.

Grande es el Señor, merece toda alabanza,

es incalculable su grandeza. R/.

Una generación pondera tus obras a la otra,

y le cuenta tus hazañas.

Alaban ellos la gloria de tu majestad,

y yo repito tus maravillas. R/.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,

que te bendigan tus fieles.

Que proclamen la gloria de tu reinado,

que hablen de tus hazañas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 16,9-15

En aquel tiempo, aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto.

Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿lo vuestro, quién os lo dará?

Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo.

No podéis servir a Dios y al dinero».

Los fariseos, que eran amigos del dinero, estaban escuchando todo esto y se burlaban de él.

Y les dijo:

«Vosotros os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que es sublime entre los hombres es abominable ante Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy la Palabra de Jesús nos choca, empleando una expresión suave, y nos provoca. Es cierto que Jesús ya nos tenía acostumbrados a servirse de ejemplos y actitudes “poco recomendables” para darnos lecciones de vida eterna. Pero, nos cuesta entenderlo. En el fondo, preferiríamos que Jesús hubiera suprimido la parábola del juez inicuo, el rico insensato, las vírgenes imprudentes o el dinero injusto del que nos habla hoy. Creo que lo que Jesús va buscando es que, mientras vivimos, no nos portemos como ángeles, porque somos humanos, y en todos los humanos hay trigo y cizaña. Seamos cautos para captar e imitar lo bueno que hay en personas no siempre “edificantes”. No imitemos la maldad; fijémonos en actitudes que, sin embargo, brillan en ellos y ellas, y puede que nos falten a nosotros.

Sagacidad

Sed sagaces, astutos, “sabios” en los asuntos espirituales; al menos tan sagaces como los “hijos de este mundo” lo son en sus asuntos temporales. Y, al mismo tiempo, compaginad esa astucia con la honradez hasta en las cosas más pequeñas, porque “el que es de fiar en lo pequeño, es de fiar también en lo importante”.

Somos “hijos de la luz”, en boca de Jesús; no podemos ser tan insensatos de renunciar y no tener en cuenta la luz, las luces. Y Jesús se queja hoy de que no nos aprovechamos de la luz como “los de este mundo” se aprovechan del dinero, del poder, en definitiva, de lo que sólo sirve para esta vida. Tratemos de ser astutos y sagaces para ser honrados, no ya en los asuntos importantes, sino hasta en las cosas pequeñas, aunque, aparentemente, nadie se dé cuenta.

Esta es la armonía a la que aspiramos los seguidores de Jesús: Ser honrados, sin dejar de ser sagaces; ser personas de fiar, sin dejar de ser eficaces; intentar poseer la mejor formación, para servir mejor; sentirnos felices de seguir a Jesús, sin dejar de ser siempre y en toda circunstancia auténticas damas y muy dignos caballeros.

El dinero injusto y la injusticia del dinero

Nos referimos a formas de hablar, porque si quisiéramos aquilatar y ser precisos habría que empezar diciendo que el dinero no es justo ni injusto; el dinero es sólo “adobe cocido”, metal, papel, plástico. El dinero no puede ser justo o injusto, malo o bueno, es sólo dinero, algo que todos necesitamos para vivir; algo que, porque algunos no lo tienen o no suficientemente, malviven.

Nosotros nos referimos y Jesús se refería con el “dinero injusto” al conseguido con trampas, chantajes, secuestros; también al obtenido legalmente en un oficio donde no se ha rendido lo suficiente o con la suficiente atención y amabilidad. Para que haya dinero injusto, en este sentido, no hacen falta millones, sino dinero no bien conseguido. De forma que puede hacer millonarios honrados y pobres que no lo son tanto.

Por injusticia del dinero nos referimos al dinero que, en lugar de llevarnos a Dios, nos aleja de él. A eso se refería Jesús cuando hablaba de que “no podéis servir a dos señores, a Dios y al dinero”. En el fondo, es convertir al dinero en un dios, aunque sea con minúscula; en teoría, una aberración, pero en la práctica, algo sumamente corriente.

No me quedaría tranquilo sin una referencia a los pobres. Si no, podría parecer una ironía tanto hablar de dineros injustos, cuando hay tantos que no pueden hablar ni siquiera de “dineros”. No puedo menos de pensar que la reciente crisis del petróleo o la bajada e inestabilidad de la bolsa no ha quitado el sueño a ningún pobre. Por eso, necesitamos ser muy delicados y respetuosos con todos en nuestros comentarios: con los que poseen dinero, justo o injusto, y con los que no lo tienen, con los pobres. Y, si hubiera que decantarse por alguno, Jesús claramente lo hizo por estos últimos.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Todos los Santos de la Orden de Predicadores

En la fiesta de hoy, instituida por el papa Clemente X en 1647, recordamos con amor "a los miembros de la Familia Dominicana que nos han precedido, dándonos ejemplo con su vida, compañía con su amistad y ayuda con su intercesión" para que "nos sintamos animados a imitarlos y se afirme el espíritu de nuestra vocación (LCO 16; 67; LCM 16; 92).

Os ofrecemos una de las lecturas del Oficio de la Orden de Predicadores:

De una Carta del beato Benedicto XI, papa, a sus hermanos de la Orden reunidos en capítulo general en Tolosa

(Roma, 10 de marzo de 1304: BOP 11, Romae 1730, pp. 93.94)

Los sarmientos de Cristo iluminan a todos con los testimonios evangélicos

La inefable providencia del Creador para exaltar la gloria de su nombre y procurar la salvación de los fieles en los últimos tiempos hizo brotar en el jardín delicioso de la Iglesia entre sus hermosas y fecundas plantas la preclara Orden de los Predicadores como árbol de vida que, regado con la bendición de la lluvia celestial, desde sus primeros momentos ha crecido maravillosamente. Por obra de la gracia divina este árbol se ha elevado hacia lo alto y se ha extendido a lo largo y ancho de tal modo que con su altura llegó hasta los cielos y con sus ramas llegó hasta los confines del orbe terrestre.

Como excelentes sarmientos unidos a la vid que es Cristo, son aquellos frailes de la Orden de santo Domingo, que libres de las superfluidades terrenas y prendidos del peso de las riquezas, se negaron saludablemente a sí mismos y abrazados a la pobreza y profesando la vida regular, llevaron hermosas flores de honor y vida santa y frutos copiosos al banquete del Rey celestial.

Estos son de modo tan excelente ministros elegidos de Cristo, resplandecientes por su ejemplar vida religiosa y esclarecidos por su santidad de vida, que se debe reconocer fueron puestos por la sabiduría divina como luz de las naciones y como astros en el firmamento de la Iglesia, o como lámparas encendidas en la casa de Dios, que iluminan a todos con las enseñanzas evangélicas e indican con sus rayos a los hombres el camino de la vida.

Estos son insignes guerreros que luchando con el escudo de la fe, con la espada del espíritu y con las armas de la justicia, (Ef 6, 17) se han esforzado en conseguir que se acrecienten las virtudes en todos los católicos, se manifieste el camino de la salvación a los pecadores y sea destruida la locura de la deformidad herética.

Considerad por tanto, carísimos, y recapacitad atentamente sobre estos solidísimos fundamentos de nuestra Orden, en estos guías insignes, valerosos soldados e infatigables luchadores, de modo especial en muchos de ellos que están en la patria celestial y que han sido ya incluidos solemnemente en el número de los santos y son ya comensales de la mesa celeste y ciudadanos seguros de la patria eterna. Por ello, como hijos suyos auténticos, debéis ser sus fieles imitadores y caminar tras las seguras huellas que os han dejado tan ilustres y tan firmes ejemplos de una vida ordenada y religiosa. Debéis también conservar inmaculada esta Orden, que tiene en sí misma el ornato de una perfecta belleza, pues por la generosidad de Dios y de la Sede Apostólica ha sido enriquecida de tantas gracias, ensalzada con tantos dones y reafirmada con tantos privilegios.

Pero dado que las tendencias del hombre son propensas al mal, procurad con todo empeño fomentar en vosotros el fervor de la religión, el celo por la justicia y la rectitud del juicio para que se mantenga vigorosa la disciplina de la corrección que desarraiga los vicios.

Procurad que en vuestras costumbres resplandezca la humildad hermosa, aumente la devoción piadosa, agrade la obediencia santa y persevere paciencia verdadera. Sed unánimes en el obrar concordados en la caridad, tranquilos en la paz, y haced con gran orden todo lo que exige la vida regular, estando en orden con Dios y con los hombres, de modo que estéis a salvo de todo mal espiritual y defendidos del astuto enemigo que ataca especialmente en la inactividad del ocio. Estad dedicados siempre al estudio de la sagrada doctrina, por la que conseguís tan gran mérito y honor; atended a la predicación frecuente y a oír confesiones y ya que habéis sido destinados especialmente a esa misión, dedicaos a ella con diligencia y gran solicitud. Así pues, ocupad vuestra vida en todo lo dicho y en otras cosas honestas o lícitas para que lo ilícito no pueda tener lugar en vosotros; vivid anclados totalmente en el autor de vuestra salvación, (Hb 2, 10) de vuestra esperanza y de vuestro consuelo. En fin, mostrad a los preladados de vuestras iglesias tan grande reverencia y honor que podáis obtener con razón su favor y benevolencia.

De esta forma podréis ser de provecho para vosotros mismos mediante los méritos de vuestra vida y para los demás mediante el ejemplo. Así, esparciendo con trabajo vuestra semilla, llevaréis con alegría densas gavillas a la era celestial; de este modo conseguiréis para vosotros y para los demás el premio debido a la santidad, la gloria de la claridad eterna.